

CURAÇAO.—ANTILLAS HOLANDEAS: EL PUERTO DE WILLEMSTAD.—Reproducción de fotografía.

CARTAS DE MISIONEROS

El hambre

EL HAMBRE EN LA INDIA

El Ilmo. Sr. Gandy, arzobispo de Pondichery, nos escribe desde Vellington, con fecha 8 de Agosto de 1908:

CARTA DEL ILMO. SR. GANDY

UNO de mis misioneros, el Rdo. P. Boyer, me suplica encarecidamente recomiende á vuestra benevolencia su Misión de Budamangalam, víctima en los actuales momentos de un terrible azote. Y lo hago, sí, con grande interés, y os la recomiendo de veras, pues tanto él como sus pobres cristianos se hallan en la más triste situación.

El pueblo de Budamangalam es muy pobre. Cada año sufre dos ó tres meses, durante los cuales los patronos paganos, pobres también, no pueden proporcionar trabajo á sus obreros, y entonces llega la miseria para muchas familias. Las lluvias llevan este año notable retraso: todos los pozos están secos. La epizootia ha causado grandes estragos, matando casi todos los bueyes del país; cuando llueva no se podrán labrar los campos por falta de animales. Ya veis, pues; ¡para esta desdichada cristiandad es por quien implora el P. Boyer la caridad de los generosos lectores de *Las Misiones Católicas*!

La diócesis de Pondichery, desde la terrible calamidad de 1877, ha recurrido ya varias veces á su generosidad, sin que sus súplicas hayan sido jamás desatendidas. El anciano Obispo de Pondichery tiende, pues, de nuevo, la mano, con la mayor confianza, y seguro de favorable acogida da anticipadas gra-

cias, pidiendo á Dios les colme de bendiciones y pague con creces hasta los menores sacrificios á los amigos y bienhechores de *Las Misiones Católicas*.

Dice así la carta del Rdo. P. Eugenio Boyer:

Hace dos años que los lectores de *Las Misiones Católicas* me vienen socorriendo generosamente y demuestran tomarse verdadero interés por mi pobre distrito de Budamangalam. Gracias á ellos en otro tiempo pude construir dos hermosas capillitas. Pero esta vez no se trata ya de una mera construcción: trátase de la lucha por la vida con todas sus dificultades.

La cosecha de Enero fué muy mezquina: faltó el arroz, y los demás cereales, como mijo, panizo, etc., nacidos casi por fuerza, sin apenas lluvia que les fecundara, dieron muy escaso rendimiento. El arroz, á consecuencia de la escasez, ha alcanzado precios inverosímiles. A todo esto hay que añadir una epidemia que ha acabado con las cuatro quintas partes de los bueyes del país. Y no obstante todo el mundo esperaba; pronosticábanse para este año frecuentes y abundantes lluvias, que debían empezar en Junio. Pero ¡ah! todas estas esperanzas se han desvanecido. Nadie ha podido labrar sus tierras todavía, y pronto pasará la época de la siembra.

Afortunadamente esta lamentable situación no alcanza á toda la India. En muchos parajes, copiosas y oportunas lluvias han permitido á los agricultores labrar y sembrar sus campos. Mi distrito ha tenido la mala fortuna de no hallarse en la zona favorecida, y mientras á quince ó veinte kilómetros de aquí todo reverdece lleno de esperanzas, nosotros ni siquiera tenemos el agua necesaria para beber. Si quiero agua (y todos como yo) debo ir á buscarla á un kilómetro de

distancia, pues los pozos del pueblo y de los alrededores hace más de un mes que están secos... Fácil es, pues, dados estos detalles, deducir cuán poquísima extensión de terreno, y aún en cuán pésimas condiciones puede cultivarse. En una palabra: mi distrito en los actuales momentos es un verdadero desierto.

Estoy afligidísimo. Los pobres (y todos mis cristianos pertenecen á esa categoría), son verdaderos hambrientos. El arroz está demasiado caro para que ellos puedan comerlo. Su alimento ordinario consiste en una sopa muy clara de harina de mijo ó panizo, que les hace poco más provecho que el agua. ¡Apena verlos! ¡Su debilidad es tal que apenas pueden tenerse en pie!...

Como tengo la dicha, ó la desdicha, de ser el «padre» de estos desgraciados, las demandas de socorro que me han dirigido son incalculables. ¡Que no pueda socorrerles en su espantosa miseria! ¡Ah! ¡Me horroriza verles y oírles volverse con las manos vacías maldiciendo la lluvia que no viene, y maldiciéndome á mí, que no puedo socorrerles! Y esto los desmoraliza en sumo grado. ¡Que una vez más, pues, generosos lectores de *Las Misiones Católicas*, la humilde súplica de este pobre misionero mueva vuestros compasivos corazones! ¡Vergüenza me da tener que molestaros tantas veces; pero ¡ah! es por este rebaño de hambrientos, de quien soy á la vez padre y pastor!

EL HAMBRE EN EL MOSSI

(SUDÁN FRANCÉS)

La Misión del Mossi, que daba las más halagüeñas esperanzas para el porvenir, es víctima en estos momentos de una de las más terribles plagas que pueden afligir á los pueblos. ¡Que las voces de auxilio dadas por el R. P. Thevenoud, superior de esta infortunada Misión, lleguen á oídos de los generosos lectores de *Las Misiones Católicas*!

CARTA DEL RDO. P. THEVENOUD, DE LOS PADRES
BLANCOS DE ALGER.

Ugadugú, 23 de Junio de 1908.

HENOS aquí sitiados por el hambre. Todas nuestras provisiones se han agotado; puede decirse que el hambre es general.

En otros tiempos con diez céntimos diarios compraba el indígena lo necesario para vivir. Hoy necesita una peseta. Quizás porque una desgracia nunca viene sola, las lluvias también han querido fastidiarnos este año viniendo con un retraso de dos meses sobre las de los años anteriores, y los pobres indígenas no tienen siquiera un poco de hierba con que engañar su hambriento estómago. No les queda otro remedio que alimentarse de raíces y hojas de árbol. Ciertos árboles, cuya hoja es reputada como la mejor, son arrendados por los ricos á aquellos á quienes no queda absolutamente nada. Casi por todas partes la muerte empieza á poner fin á tan crueles sufrimientos. Hace algunos días se me dijo habían sido hallados en el campo, junto á un montón de raíces y medio devorados de los buitres, los cadáveres de varias mujeres. Pronto el país será un horroroso cementerio donde las hienas y las aves de rapiña hallarán pasto abundante.

Todos los días llegan á mi casa enfermos y ancianos

abandonados. Pero ¿cómo socorrerles, si estamos en la más completa desnudez? Ante todo tenemos que pensar en nuestros huérfanos y en nuestros cristianos.

Ayer un muchacho de unos quince años, extremadamente débil, vino á sentarse á la puerta de la residencia. Al verme, con voz casi apagada y con los ojos anegados en llanto, me suplicó le dejase quedar en casa. Al saber que era de Ugadugú, preguntéle por qué quería abandonar la paternidad.

«—*Kom nan kou man* (el hambre va á matarme)» me respondió.

¿Qué habrías hecho en mi lugar? Seguramente que no hubierais titubeado un instante en arrancar á este desdichado de una muerte tan cruel como segura. Pues yo, le despedí; pero tuve que volver el rostro para no romper en llanto: no es para describir el dolor que embargaba mi corazón al ver que el infeliz se alejaba. ¿Podía proceder de otra manera, si no tenía nada que darle?

La primera lluvia ha caído; pero muchos no tienen ni pueden procurarse la semilla necesaria para sembrar sus campos. ¿Qué será de ellos el año que viene? La Misión sólo ha podido auxiliar á su personal y á los cristianos más necesitados. Humanamente hablando esto ha sido una imprudencia, porque dentro de dos meses nuestra provisión de mijo estará agotada. Pero estamos plenamente convencidos de que el Señor, por quien nos hemos desprendido de todo cuanto poseíamos, no nos abandonará.

El hambre, se dice, es mal consejero. Y efectivamente, cada día tenemos ocasión de comprobarlo. Los crímenes se multiplican. Las cárceles resultan pequeñas para contener los presos. Se roba, se saquea y se asesina. Pero la vigilancia de la administración y las severas penas impuestas á los delincuentes, quizás pondrán freno á tantos desórdenes.

No pocos padres de familia abandonan á sus mujeres é hijos para irse á países más afortunados. Madres y esposas se van á lejanas regiones en busca de otro esposo que no las deje morir de hambre. Esto es la desorganización, la ruína completa del hogar doméstico, cuyos lazos están ya tan relajados en tiempo ordinario.

He aquí, pues, el estado de la Misión, tanto más doloroso para nosotros cuanto que no podemos menos de pensar en el inmenso bien que haríamos si tuviéramos recursos. Si la Misión pudiera distribuir algunos socorros, estoy seguro que se captaría las simpatías y el aprecio de todos los negros. ¡Y cuántas almas se convertirían al Cristianismo, por medio de la gran calamidad que nos aflige! ¡Quién sabe si Dios nos la envía para que tengamos ocasión de destruir el imperio de Satanás mediante el ejercicio de la caridad cristiana, tan poderoso en la obra de la conversión de las almas!

En vista de tantas desdichas, he creído que mi primer deber era hacer todo lo posible para proporcionar remedio, ó por lo menos alivio, á tales males. Mas ¿qué hacer? Varias veces me he dicho: «Si estuviera en Europa, me haría mendigo para mis pobres hambrientos.» Pero Europa está lejos; y no me queda, pues, otro recurso que implorar desde aquí la caridad de los corazones compasivos y misericordiosos.

Después del rebaño vienen los pastores.

Pasado mañana, 25 de Junio, hará siete años justos que los misioneros se instalaron en Uagadugú. Al llegar aquí, como es natural, lo primero que tuvieron que hacer fué procurarse habitación, é inmediatamente construyeron, aunque provisionalmente como es de suponer, casas para ellos, para el personal de la Misión y para los niños que debían frecuentar la escuela, que tenía que inaugurarse, según deseo de los propios misioneros, lo más pronto posible. El conjunto importó 500 francos; por lo módico del precio puede juzgarse de la obra.

Según nuestros cálculos, estos edificios provisionales debían durar hasta el presente; y en efecto, hasta el presente han durado; ya no pueden durar más. Me temo que no habrá ninguna de nuestras casas que pueda resistir los rigores de la estación lluviosa. Ayer mismo el P. Viguié tuvo que abandonar la suya. Todas las demás están en igual pésimo estado. Urge, pues, pensar en la construcción de una nueva residencia.

Esto nos daría ocasión de socorrer á los hambrientos dándoles trabajo. Pero para construir necesitamos de dos á tres mil francos, y no tenemos nada, absolutamente nada... ¡Dígnese el Señor, que conoce nuestra desnudez, inspirar á las almas generosas la idea de socorrernos!

NOTICIAS VARIAS

Roma.

Los Jesuitas al Japón.—Con fecha 7 de Septiembre se nos comunica desde Roma la siguiente noticia:

El 11 de los corrientes, el Rdo. P. Rockliff, antiguo superior de la Misión de Búfalo (Estados Unidos), y el reverendo P. Dahlmann, de la Compañía de Jesús, se embarcaron en Nápoles para el Japón, á donde van á cumplir la misión confiada por el Sumo Pontífice á la Compañía de Jesús; en Chang-hai debe añadirseles el Rdo. P. H. Boucher, misionero del Kiangnan desde mucho tiempo, y antiguo párroco de Zikawei. Antes de que partieran, Su Santidad ha querido bendecir á los nuevos misioneros que envía al Japón á prestar su concurso á los Obispos y sacerdotes de la Sociedad de las Misiones Extranjeras, establecidas en aquel país hace más de medio siglo, y á las demás Congregaciones religiosas que allí trabajan con fruto.

Los Padres Jesuitas no tendrán que administrar diócesis ni parroquias; pero llenarán las funciones de su Orden, predicación, administración de Sacramentos, enseñanza, etc., en las diócesis ya constituidas. Su Santidad Pío X se ha dirigido á la Compañía de Jesús, en primer lugar, porque quiere que los Jesuitas se encarguen de la enseñanza superior, y en segundo lugar, porque recuerda que San Francisco Javier fué el primero en evangelizar el Japón, donde le siguieron poco después sus hermanos, muchos de los cuales regaron con su sangre aquel bendito suelo.

Inglaterra.

El Congreso Eucarístico.—El día 9 de Septiembre último se inauguró en Londres el décimonono Congreso Eucarístico.

Esta solemnidad religiosa ha tenido este año, por celebrarse en la gran metrópoli inglesa, una importancia particular. Todos los católicos ven en ella una manifestación clara y evi-

dente del renacimiento católico que empezó á iniciarse en el gran imperio británico á mediados del pasado siglo. País de misión dividido en ocho vicariatos apostólicos, la Inglaterra católica «salió de las catacumbas» en 1850. En aquella época Pío IX la dividió en diócesis. La empresa fué arriesgada. El populacho quemó los retratos de Pío IX por las calles de Londres con infernal algazara. Los nuevos Prelados estuvieron próximos á ser encarcelados.

Han transcurrido cincuenta años. En la Silla primacial de Westminster se han sucedido ilustrísimos Cardenales: Wiseman, Manning, Vaughan. En su oratorio de Edgbaston, Newman labró, según parecer de todos los ingleses, una brillante aureola á la Iglesia de su elección.

Hoy los católicos ingleses ven que su culto ha logrado el respeto y las simpatías de sus «hermanos separados.» El total de la población católica es en Inglaterra 2.180,000 almas; en Irlanda 3.320,000, y 400,000 en Escocia. En todo el imperio británico el número total de católicos suma 12.053,000. Pero todavía mucho más importante y consolador que estas elevadas cifras, es el número y la calidad de las conversiones. El Ilmo. Sr. Bourne, arzobispo de Westminster, estima en 14,000 los anglicanos que anualmente entran en el seno de la Iglesia romana.

Como ya suponemos á nuestros lectores suficientemente enterados de este grandioso acontecimiento ocurrido del 9 al 13 de Septiembre en la capital de Inglaterra, no repetiremos aquí detalles. Sólo recordaremos que asistieron al Congreso 10 Cardenales, cerca de 200 Arzobispos y Obispos, y unos 150,000 católicos que, con delirante entusiasmo, concurrieron el último día á la procesión pública presidida por su eminencia el Cardenal Vannutelli, Legado del Sumo Pontífice. Las sesiones del Congreso han sido animadísimas, celebrándose todos los días Misa Pontifical en la Catedral de Westminster y pronunciándose elocuentes discursos. Al regreso de la procesión y al bendecir el Cardenal-Legado al pueblo con el Santísimo Sacramento, los 150,000 católicos congregados en las afueras de la Catedral, prorrumpieron en hurras y vítores ensordecedores. El espectáculo fué grandioso y los vívas al Papa atronaban el espacio. También resultó de admirable efecto la procesión infantil, en que formaron 20,000 niños con lazos blancos y amarillos que son los colores pontificios.

Oceanía Central.

Necesidad de una barca.—El Rdo. P. Kervegán, Marista, nos escribe desde Vavan, con fecha 25 de Julio de 1908:

Hace tres años solamente que la caridad de los lectores de *Las Misiones Católicas* era solicitada en favor de la Misión de Vavan, asolada por segunda vez en el corto espacio de dos años por un terrible ciclón. Los socorros que nos llegaron de casi todas partes nos permitieron levantar las ruínas y emprender de nuevo, con más ardor que nunca, la ardua obra de Misión en países herejes...

Nuestros trabajos apostólicos se ejercen tanto por mar como por tierra (casi la mitad de la población está dispersada por las islas); tenemos unos treinta pueblos en tierra firme y otros treinta dispersos por las islas.

Tanto precisa, pues, cruzar los mares, como andar á través de espesos matorrales; si bien lo primero no es siempre muy fácil, porque el Océano Pacífico, á pesar de su nombre, á veces está de mal humor. Por desgracia con demasiada frecuencia he tenido ocasión de experimentarlo. He naufragado más veces que el mismo apóstol San Pablo, y no hay duda que todavía no he llegado al término de mis naufragios.

Pero ¡ah! hace ya más de un año que mis viajes están interrumpidos; la vieja barca que reemplazó á nuestra rota embarcación ha sufrido la misma suerte que su antecesora, que fué deshecha por una formidable tempestad en 1904... A pesar de cuantas reparaciones hemos ensayado, es imposible utilizarla.

He intentado servirme de una piragua indígena con velas para visitar las islas más próximas; este medio de locomoción es muy rápido, pero también muy arriesgado; se expone uno á zozobrar y morir ahogado. Hablo por experiencia, pues este accidente me ha tocado en suerte ya tres veces, y la última estuve á riesgo, no ya de morir ahogado, sino de ser devorado por los tiburones. Esto era tentar la Providencia. Me ha sido, pues, forzoso renunciar á este primitivo medio de locomoción y resignarme por ahora á no visitar las islas.

En vano busco, como alma en pena, medios para procurarme una nueva embarcación... ¡Ah! Una barca con puente, la más modesta cuesta 1,000 francos.

He aquí porque, después de algunos meses de vacilar, me decidí á solicitar la caridad de los bondadosos lectores de *Las Misiones Católicas*. Millares de almas que empezaron á oír la palabra evangélica están ahora abandonadas. Por esto me he dicho: «¡Habla! ¡Haz que sean oídas las dolorosas quejas de estas almas! Quizá el Señor se valga de ellas para mover á caridad los corazones cristianos.

Guinea española.

Pío X y el Vicariato de Fernando Póo.—El Vicariato Apostólico de Fernando Póo, confiado á los Misioneros del Corazón de María, ha demostrado su filial devoción y amor al Soberano Pontífice enviándole con motivo de su Jubileo sacerdotal, por medio de su procuración, una limosna relativamente cuantiosa para el Dinero de San Pedro.

Uno de los secretarios particulares á quienes se hacía entrega del donativo, al saber su procedencia, se conmovió profundamente y dijo: *Esto no puede quedar así: es preciso que lo sepa Su Santidad, pues no dudo será de su agrado recibirlo en persona.*

Efectivamente: se dignó conceder al portador una audiencia especial el Padre Santo, quien se enterneció grandemente al recibir el óbolo y las numerosas listas de los católicos donantes de la Guinea española: concedió su Apostólica Bendición á todos ellos, mandando que se comunicara oficialmente por su Secretario de Estado, y en prueba de su gratitud hizo al Vicariato Apostólico un valioso regalo, consistente en un juego de casullas muy preciosas, con cáliz, copón, misal, etc., etc.

Mayor consuelo tuvo el amantísimo Pío X con esa prueba de afecto de los morenitos fernandinos, que si hubiera recibido un millón de liras de personas acaudaladas.

Nuevo altar.—El 23, fiesta del Inmaculado Corazón de María, se efectuó solemnísimamente en Basilé la bendición é inauguración del nuevo altar mayor, construido expresamente en los talleres que en Banapá tienen los celosos Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, por morenos aprendices dirigidos por un Padre Misionero.

No queremos detenernos en describir dicho altar y retablo que ha llenado un gran vacío en la esbelta iglesia de Basilé, cuyo único defecto es ser de madera y por ende de poca duración en estas tierras. Para solemnizar tan sagrada ceremonia cantóse solemne Misa diaconada, que siguió á la bendición, á la que asistió la Colonia española de Basilé y también el Presidente del Consejo de Vecinos de Sta. Isabel, D. Enrique Ramos Izquierdo.

Se dedicó el altar al Purísimo Corazón de María, cuya imagen se honrará tan pronto como llegue de España. Mucho realce daban á la función las 130 niñas vestidas de uniforme blanco presididas por la Rda. Comunidad de Religiosas Concepcionistas. Que Dios recompense á cuantos con sus óbolos y con su trabajo, han contribuido á hermosear el Templo del Señor.

La estación y la cosecha.—Nuevamente ha comenzado á llover en esta Isla, después de la pertinaz sequía que ha reinado una temporada. La falta de lluvia que se ha dejado sentir la última quincena de Julio y la primera del corriente, creemos no ha sido muy beneficiosa para los agricultores. Daba pena, al pasar por las haciendas de esta feraz Isla, ver los cacaoteros cargados de frutas y flores que por falta de agua se iban agostando. Efecto de dicha sequía, aparte de retrasarse la primera cosecha, se perderá toda ó gran parte de la segunda que venía para los últimos meses del año. ¡Aún habrá quienes opinen que aquí en Guinea no hay peligro de sequías!

Alto Congo (Africa ecuatorial).

Visita desagradable.—En el mes de Diciembre del pasado 1907, un misionero Padre Blanco, el Rdo. P. Brutel, habiendo ido á visitar la sucursal de Kincha, se llevó un susto mayúsculo que hará época en las páginas de su vida. En la noche del 13 de Diciembre, mientras estaba cenando tranquilamente bajo la galería cubierta de su casa, el muchacho que le servía ve de súbito á tres ó cuatro metros de distancia, dos enormes leones.

Avisa al Padre, y ambos se precipitan en la habitación más próxima. Atraídos por el ruido los leones se acercan. El corazón de los prisioneros late con gran fuerza, y tiene motivos para ello, pues la puerta no es de las más sólidas y los carnívoros huéspedes pueden derribarla fácilmente con sólo aplicar á ella sus patas. Felizmente tras breve titubear acuerdan retirarse.

Entonces, creyéndose fuera de peligro, el Padre se fué á descansar. Pero á eso de las once de la noche, despertáronle súbitamente formidables é inesperados rugidos: los leones estaban otra vez allí. Mucho tiempo anduvieron por los alrededores de la casa, hasta que, por fin, hacia las tres de la madrugada, se alejaron, después de haber muerto á un jabalí que aquella noche ocurriósele rondar el pueblo.

Tonkin Oriental.

Nuevo templo.—El Rdo. P. Cothonay, dominico, curapárroco de Haip-hong, nos escribe desde aquella lejana región:

«A siete ú ocho kilómetros de Haip hong hay una joven cristiandad que sólo tenía una miserable iglesia provisional; ahora, el misionero del lugar, el celoso Padre Fraise, acaba de dotar á dicha pobre cristiandad de una hermosa iglesia, sabe Dios á costa de cuantos sacrificios.

«La inauguración de dicha iglesia tuvo lugar el día 10 del pasado Mayo. He aquí en que términos la relata el propio Padre Fraise:

«La fiesta de Cuu-Vien fué un verdadero acontecimiento. Desde el sábado por la mañana la afluencia de gente fué considerable: las iluminaciones, la procesión y los fuegos artificiales atrajeron millares de anamitas. El sacerdote indígena que predicó el sermón al aire libre, calcula que pasarían de 10,000 las personas allí reunidas.

«El domingo por la mañana la iglesia estaba atestada de gente. A las ocho en punto llegaron los europeos invitados, con el Residente francés al frente. La Misa fué cantada por

los Hermanos, bajo la dirección del Rdo. P. Larmurier. A las once y media dióse un banquete de cuarenta cubiertos. Terminado éste pronuncié un breve discurso lleno de entusiasmo patriótico y fui vivamente aplaudido. El Residente francés me contestó con un afectuoso discurso, haciendo votos por verme en Cui-Vien el mayor tiempo posible.

«El P. Fraise hallará en que emplear su celo en este país donde todavía todo está por hacer. Cinco de sus pueblos están pidiendo una iglesia á grandes voces. Para empezar su construcción han hecho ya algunas economías... ¡Pero cuán insuficientes!...

«La erección de la iglesia en Cui-Vien ha determinado ya la conversión de numerosos paganos y muchos otros han manifestado deseos de aprender las verdades de nuestra sacrosanta Religión.

«Durante el mes de Mayo, los niños de la parroquia anamita de Haip-hong, bajo la dirección de su celoso párroco el Padre Díez, hicieron el Mes María de manera tan edificante, que

llamaron poderosamente la atención de los europeos. Cada día, á eso de las cuatro de la tarde, veíaseles llegar, vestidos con sus lindos trajes de diversos colores, ostentando sobre sus pechos hermosas cintas y medallas y llevando todos en la mano su ramito de flores.

«Antes de entrar á la iglesia formábanse en procesión, y así formados en dos filas entraban por el pasillo central. Después de haberse postrado unos minutos para adorar al Santísimo Sacramento, levantábanse y empezaban sus oraciones, cantadas ante el altarcito de la Virgen erigido al lado del altar mayor. Durante media hora larga, estando ya en pie, ya inclinados, ya arrodillados, no se cansaban de cantar con sus angélicas voces hermosas plegarias á la Santísima Virgen, presentándole graciosamente los ramitos de flores que tenían en la mano. Las niñas rimaban sus cantos con el abanico de ceremonia. Finalmente, una joven recogía todas las flores y las esparcía por el altar de la Virgen. La bendición con el Santísimo cerraba tan piadosa fiesta.

ANIVERSARIO DE LA ENTRADA DE LOS PADRES DOMINICOS EN LAS MISIONES DE URUBAMBA

De una carta que á *El Santísimo Rosario* escribe desde Urubamba, y con fecha de Junio, el R. P. Fr. Elicerio Martínez, O. P., extractamos los siguientes párrafos que evidencian cuánto han trabajado en un año los celosos misioneros Hijos de Santo Domingo.



N año hace que, con la imaginación exaltada por mil quimeras referentes al modo de ser de los salvajes y con el corazón henchido de entusiasmos por la obra eminentemente civilizadora que íbamos á emprender, salimos de Llaicho (Paucartambo), para tocar el frío convincente de la realidad y conocer una vez más que siempre la fantasía reviste las cosas de colores y espejismos capaces de entusiasmar caracteres apáticos y pesimistas empedernidos. Y es que la experiencia, con su elocuencia ineludible, nos dice siempre: que el hombre debe mirar muy alto y tener grandes aspiraciones, si no quiere desfallecer al ver que se queda muy atrás cuando llega á poner el pie en el terreno de los hechos, rodeados, las más de las veces, de asperezas y dificultades.

No hemos encontrado, es cierto, á los salvajes tan fieros como los pintaban, pues ni hemos dado con antropófagos, ni hemos visto rostros feroces, ni hemos sufrido ataque alguno. Sabemos que existen algunas tribus con esos instintos, pero no nos han salido al encuentro. Sólo nos han amenazado con *algo grave* los llamados *Conivos*, salvajes que corretean cerca de estos lugares, en caso de oponernos á que lleven las mujeres que viven en este contorno de Santo Domingo.

Los salvajes con quienes nos hemos visto en este primer año son muy sensatos y racionales; trabajadores á veces, y en extremo serios; sólo se ríen, y entonces suplen por todo, cuando están borrachos. A estos de Chirumbia se les puede llamar salvajes por no estar bautizados y no tener conocimiento alguno de Dios y de la Religión, por lo que mejor se les denominaría simplemente infieles. Los de Cosñipata parece que están más sumidos en el salvajismo.

Lo cierto es que el traer, tanto á unos como á otros, á la fe y sacarlos del estado en que se hallan é introducirlos en las vías del progreso, cuesta más trabajo y lleva más tiempo y consume más energías de lo que desde lejos parece.

—Pueden Vds. traer, dijimos un día á los indios que trabajan en la finca de Llaicho, pueden Vds. traer sus chicos á casa, y con nuestros niños se les enseñará á leer, escribir, contar y cuanto pudieran aprender.

—*Manan*, contestaron; no, Padre, no queremos que nuestros hijos sepan más que sus padres, porque después se ríen de nosotros.

Y no hubo uno solo que los llevara, á pesar de las súplicas y hasta amenazas que se les hicieron. Así es que el único medio que emplearse puede es trabajar uno mismo y que vean cómo se hacen las cosas, y de ese modo se convencer del provecho de obrar de distinta manera y de que hay vida más cómoda y fructuosa que la que ellos llevan.

Los que viven cerca de nosotros ya conocen el manejo de muchas herramientas y de algunas armas; cultivan bastantes productos que antes no conocían; labran con más acierto la tierra, crían más animales domésticos y van cobrando un poco de afición al aseo y la limpieza, construyen sus *caguitos* para dormir, barren de cuando en cuando las casitas y sus alrededores, lavan con frecuencia la cara y las ropas y aderezan un tanto sus comidas. Así se están introduciendo, casi sin darse cuenta, en los rudimentos de la vida civilizada. Saben ya contar bastante bien, pues ellos no cuentan más que hasta cuatro, diciendo: *Paniro* (uno), *Piteñi* (dos), *Cahuani* (tres), *Tobaini* (cuatro), y después todo es *Tobaini* (muchos). Conocen los días de la semana y las principales fiestas; para que no trabajen basta decirles que es *día grande*, y lo observan con rigurosa exactitud. Lo sensible es que la mayor parte de las personas civilizadas que tienen salvajes bajo su dominio les obligan á trabajar, lo mismo en los días festivos que en los feriados. ¡Como si por ser salvajes no necesitasen sus días de descanso, prescindiendo de otras razones!



ESTADOS UNIDOS.—MONS. BOURGADE, ARZOBISPO DE SANTA FE; † EL 17 DE MAYO.—Reproducción de fotografía.

En cuanto á la fe, aunque los salvajes todos reconocen un Ser Superior que formó las cosas y las conserva y dispone de todo, para nada hacen caso de El, ni se preocupan de las relaciones que pueda tener con ellos. Sólo temen que les pueda suceder algún mal, pero eso lo atribuyen ellos siempre al diablo, que unos llaman *Camacario* y otros *Camagarini*.

Cuando llegan á tener algún conocimiento de Dios, son muy solícitos de que se les enseñe á rezar.

Tienen aversión marcadísima al trato con gente civilizada, y siempre creen, por desgracia con sobrado fundamento, que las gentes que se internan en estos bosques los han de perseguir y obligar á trabajar para hacer su negocio á costa de sus sudores. Y esto lo mismo sucede entre indios que entre salvajes. Por todo lo cual es preciso al principio dedicarse exclusivamente á convencerlos prácticamente de que el misionero viene tan sólo por su bien y para favorecerlos en todo.

Nosotros, gracias á Dios, no podemos estar quejosos de los resultados de nuestra agencia en este primer año, en que estamos luchando y hemos tropezado con todos los inconvenientes de los comienzos de toda Misión.

De los PP. Pío Aza, Enrique Sánchez y Fr. Pedro Serna, que se han internado en el valle de Cosñipata, sólo he tenido noticia por una carta del P. Enrique, en la que me daba cuenta de los horribles sufrimientos porque habían pasado, y me consta que han trabajado muchísimo en la apertura de caminos, de los que se carece en absoluto en aquellos lugares; que han bautiza-

do buen número de criaturas y que los dos Padres han tenido que salir por algún tiempo, obligados por las malignas fiebres tercianas, que les han hecho padecer lo indecible, después de luchar con la escasez, los aguaceros, pantanos y toda clase de enemigos de que en otra ocasión hemos ya hablado.

El Padre Prefecto ha terminado el camino de Paucartambo al *Madre de Dios* y la línea telegráfica del Cuzco á Santa Ana y otros trabajos encomendados por el supremo Gobierno, entrando repetidas veces á ambos valles.

El P. Juan Suárez y Fr. Frutos se han ocupado en Llaicho de la instrucción de los niños de Paucartambo y de algunos salvajes que hay en aquella casa.

El P. Guillermo del Campo y el P. Espinosa, en Santa Ana, y yo con Fr. Emilio, en Santo Domingo, hemos hecho lo que buenamente hemos podido, y podemos hoy publicar que en esta Misión del Urubamba se han verificado más de quinientos bautizos, unos veinte matrimonios, se han reconciliado muchas familias, oído bastantes confesiones y repartido más de setecientas Comuniones.

A éstos hay que agregar los que se han hecho en



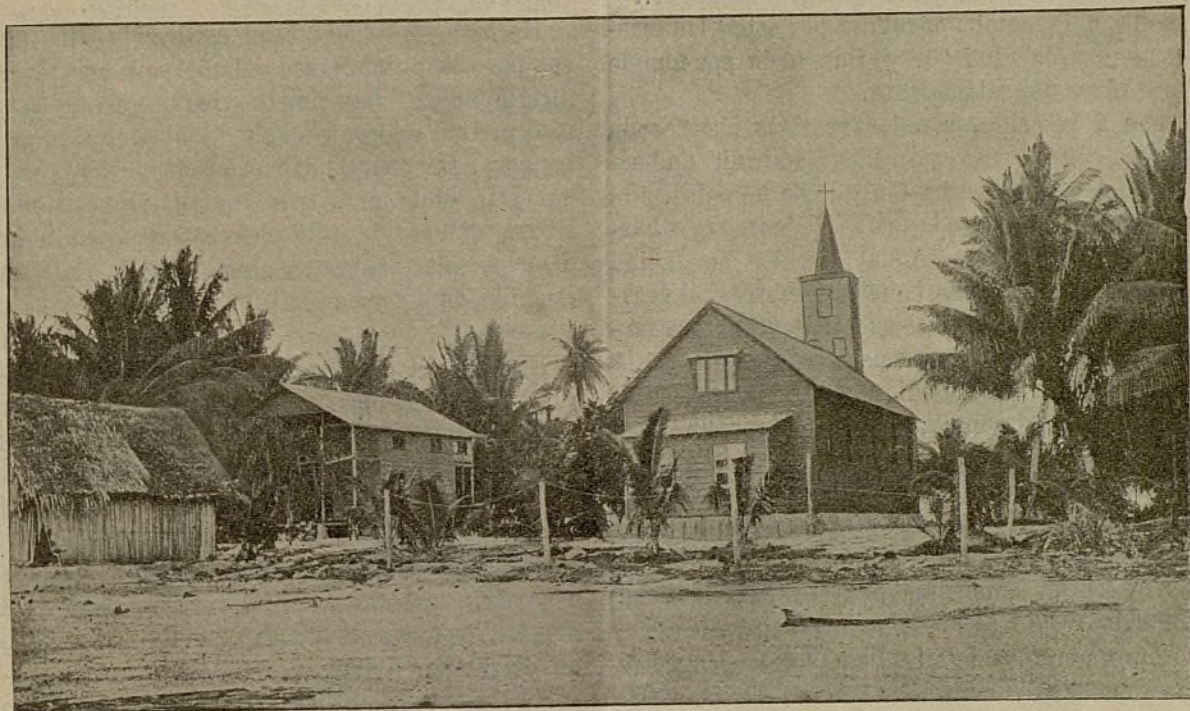
MONS. ALFONSO KUNEMANN, DE LA CONGREGACIÓN DEL SANTO ESPÍRITU, VICARIO APOSTÓLICO DE LA SENEGAMBIA; † AHOGADO EL 20 DE MARZO.—Reproducción de fotografía.

Paucartambo, Cosñipata, Piñipiñi y Madre de Dios, cuyo número no determinamos, por tener, como dejo dicho, muy pocas noticias de aquellos lugares.

Diariamente celebramos todos el santo sacrificio de la Misa, y se va introduciendo el culto en estos apartados parajes, siendo cosa que llena de consuelo al alma ver adorado á Dios en estos solitarios sitios, en donde

estaba lastimosamente olvidado ó completamente hasta ahora desconocido.

Estos son los pequeños frutos que en este primer año hemos visto; y el Señor de las misericordias y Dios de toda consolación parece como que ha hecho alarde de sus bondades haciendo suave, llevadera y encantadora esta vida de suyo llena de privaciones y trabajos.



ISLAS GILBERT (OCEANIA).—LA MISIÓN DE MAIANA.—Reproducción de fotografía.

MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (ÁFRICA ORIENTAL)

VIII.—Edad de madera

El matrimonio propiamente dicho va precedido de una ceremonia muy curiosa, la *koika*, palabra que podríamos traducir por «clausura ó encierro.» Ya había pagado la dote; el día y hora de «encerrar» á mi novia quedaban, pues, á mi elección.

Era una hermosa tarde de *kechukia*, mi novia acababa de cantar unos *couplets* con voz maravillosa; llamé á parte á cuatro ó cinco camaradas y les revelé mi propósito.

Hallábase ella en un alegre y bullicioso grupo de muchachas, compañeras suyas, cambiando amistosas frases de despedida.

Mis camaradas se acercan tranquilamente al bullicioso grupo y la cogen de las manos. Ella me mira azorada: mi aspecto impasible y resuelto le revela mi plan... ¡Ah! ¡qué de lágrimas y gritos de horror! Las jóvenes del poco antes bullicioso grupo piden auxilio á grandes voces... ¡dijérase que las habían sorprendido los Massais!...

Pero mis camaradas la tienen fuertemente asida, y á

pesar de los gritos y lágrimas de la cautiva y de los desesperados esfuerzos de sus compañeras para librarla, se abren paso llevándose la prisionera.

Nuestras amables novias son así: si no procurasen oponer la más tenaz resistencia, creeríanse poco honradas...

No obstante, en aquella ocasión la pobrecita de mi novia tenía motivos de sobras para llorar y resistir. En aquella hermosa tarde de *kechukia* terminaba para ella la felicísima edad de oro y empezaba la de madera, esto es, la de los palos.

Hablo aquí de una manera general, se entiende, pues en cuanto á mi esposa tengo que confesar en honor á la verdad, que sólo rarísimas veces me obligó, muy á pesar mío, á apalearla. Y además puedo asegurar en mi conciencia que jamás la apaleé sin que lo tuviera muy merecido.

Como dije, pues, dos camaradas arrastraban á mi novia, á quien tenían asida de las manos, y otros dos la empujaban por la espalda. Majestuoso y grave seguía yo tan original procesión.

En la fuga nos vimos precisados á cruzar un río, y lo cruzamos por donde primero se nos ofreció, pues dado lo apurado del caso (no hay que olvidar que numerosas jóvenes, procedentes del grupo de donde arran-

camos á mi novia, aún nos seguían dando desaforados gritos de auxilio) no nos era lícito en manera alguna detenernos á buscar puente ó vado.

Entonces ví á mi novia desaparecer paulatinamente bajo las apacibles ondas: al salvar el centro del río el agua le llegaba á la nariz... Una nariz risueña y pequeña, pero muy chata; si llega á tenerla más larga ó menos chata se fastidia, pues no logra respirar... y mientras ella la levantaba orgullosa por sobre las amenazadoras aguas, la admiraba yo iluminada por uno de los últimos rayos del sol poniente.

Al llegar á la orilla, con los vestidos chorreando agua, se deja caer al suelo y se niega á seguir andando. Un mi amigo, coge un bastón y le da de palos, aumentando progresivamente la fuerza de los mismos hasta que la infeliz se levanta. Aquellos palos me dolían de veras. Pero, ¿qué hubierais hecho vosotros, si vuestra novia, después de haberos aceptado y haberos impuesto la edad de hierro, os considerase al fin y á la postre como un miserable y odioso raptor?...

Necesitamos más de una hora para salvar una distancia de apenas diez minutos...

Encerré á mi novia en la casa de mi madre, de donde no debía salir hasta que los preparativos de boda estuvieran terminados.

Diez días fueron suficientes para prepararlo todo: confeccionar la *ropa* nupcial—dos ó tres grandes pieles de carnero, pintadas de rojo, bien engrasadas y festoneadas de perlas de mil colores,—construir la casa, que la costumbre prescribe debe empezarse al rayar el alba y quedar lista al anochecer del mismo día; ir al río á buscar tres guijarros á propósito para el hogar: comprar dos taburetes para sentarnos cabe el fuego durante las largas veladas de invierno; reunir las ollas, platos, vasos y demás útiles de cocina, y, en fin, hacer preparar la cama por las matronas del vecindario, á quienes, desde tiempo inmemorial, está reservado tal privilegio.

Hasta ver terminados tales preparativos mi corazón estuvo inquieto. Porque mi novia, mientras no hubiera hecho la entrada definitiva en mi casa, estaba siempre en libertad de «salir,» esto es, de romper las promesas de matrimonio.

Ciertas exigencias que estas señoritas creíanse aun durante su «clausura» con derecho á hacernos sufrir, me enojaban mucho.

A mi novia le dió por no querer tomar otro alimento que el preparado por su madre. Sus amigas se lo traían entrando para ello en el «calabozo,» y durante las dos horas que solían durar estas visitas, sólo se oían llantos y lamentos.

Hasta el agua precisaba ir á buscársele á su pueblo natal: la nuestra le era odiosa. ¡Claro!... ¿no se había visto obligada á cruzar las aguas amargas de nuestro río la tarde aquella infausta, que á los irónicos resplandores de un sol deslumbrador, acabó para ella la edad de oro y empezó la de madera?

Llegado, por fin, el día décimo, y ultimados todos los preparativos, muy de mañana hice anunciar á mi

novia que aquella tarde entraría á su nueva casa. Entonces salió del encierro. Afeitáronle la frente, colgáronle á la espalda el traje de boda, y, guiada por una niña por medio de un largo bastón de ciega, encorvado el cuerpo como si sufriera enorme peso, se encaminó á uno de mis campos, donde plantó unas patatas, para que recordara siempre que uno de los principales deberes de la esposa es el cultivo del campo...

Hecho esto, guiada también por la niña y también con paso lento, encorvado el cuerpo y baja la vista, se dirigió á hacer la primera visita, que fué... para su madre. Llevábale un regalo de mi parte: un racimo de bananas. Después de haber llorado ambas larga y amargamente, dióle mi suegra á su hija un cestito de provisiones, que por la tarde, al entrar á su nueva casa, debía regalarme, y que sería la primera comida que recibiría de manos de mi novia...

El día siguiente ofrecí á mis camaradas espléndidos y variados regocijos.

Invité á todos los ancianos y ancianas del pueblo á vaciar numerosas calabazas de licor, y ofrecí á los guerreros, mis camaradas, los carneros más hermosos de mi rebaño: para consolar á las guerreras, pues hay que confesar que envidiaban no poco á mi novia, les regalé bananas y perlas, que en tal día podía hacer estos obsequios sin temor de ofender á nadie y sin exponerme á provocar riñas ó duelos.

En el pueblo se habló largo tiempo de mis *osoni*, esto es, de mis bodas...

Al anochecer, cuando todas las calabazas estaban ya vacías, un incidente inesperado, un combate singular entre dos «viejas» vino á turbar la paz general. Una de las combatientes era, me apena decirlo, mi suegra; y la otra la madre de la «mayor,» de aquella joven que el ratón me aconsejó no eligiera, y de la cual os hablé en otro capítulo.

Mi suegra luchó con valor, pero llevó la peor parte. Cuando, en medio del mayor desorden, unos pacíficos ancianos intervinieron logrando arrancarla de manos de su adversaria, mi pobre suegra tenía una oreja estropeada.

Nunca he logrado saber la causa de tan memorable combate.

Así corría nuestra vida salvaje; más ó menos apacible, pero siempre asaz interesante para nuestros gustos...

Danzábamos, cantábamos y peleábamos...

Eramos felices, libres y orgullosos: reyes ó hijos de rey.

Seguían nuestros «ancianos» ayudados de sus ancianas limpiando el campo teatro de nuestras glorias. Vacían tranquilamente calabazas del rico licor nacional, hijo primogénito de la caña de azúcar; ofrecían sacrificios á *Ngai* y á los espíritus de nuestros antepasados, y, sentados á la sombra de corpulentos árboles, oían pacientes nuestras quejas, procuraban solucionar diferencias, hacer amigos á los enemistados, en una palabra, administraban justicia... cuando, de improviso, nos sorprendió una noticia extraña, que, rápida como el rayo, voló de colina en colina, de casa en casa, de boca en boca: ¡Han llegado los Blancos!

Noticia que nos causó igual impresión que si nos hubieran anunciado el fin del mundo... Y, en efecto, de la fin de un mundo se trataba: ¡del fin de nuestro mundo!...

X.—Desolación de la desolación

Si me hubierais visto dos ó tres años después de la llegada de los Blancos, os hubiera causado pena el reconocer en mí al arrogante guerrero de antaño.

Antiguamente, en vez de envolvernos, como débiles mujercillas, con mantas de lana vieja y deslustrada, como hacemos ahora, nos liábamos á la espalda una recia piel de cabra ó de ternera, de negro y reluciente pelo, festoneada de perlas multicolores, y aquello era nuestro único vestido.

Con la piel no íbamos muy calientes, es verdad, pero ¿qué nos importaba á nosotros el frío ni el calor? lo principal, lo que nos seducía, era la elegancia que ella daba á nuestro tipo arrogante.

Blancos que me veis ¿me visteis, acaso, vestir mi vieja piel de cabra, después de vuestra llegada acá? Ya no lucí más mi hermosa cabellera, la larga cabellera, orgullo del hombre de armas, que en días de danza ostentábamos;... ni plumas... ni sable... ni nada.

Si alguno de nosotros guarda su lanza, es sólo cediendo á la costumbre, y la deja enmohecer sin remordimientos. No es ya arma de guerra, como fué siempre, ni instrumento de gloria para vengar la muerte de un padre ó para conquistar el corazón de una joven... se ha trocado en báculo de anciano, en cayado de pastor del que se sirve para escalar los montes cuando va á apacentar su rebaño...

Mi hijo iba siempre á mi lado, como en los días de mi juventud iba yo al lado de mi padre; y también, co-

mo yo, tejía sueños dorados: vestía aún el traje nacional; por esto aguardaba con impaciencia el día feliz, la hora bendita entre todas las horas, en que yo abandonase la piel de puro vieja y desgarrada, para él vestírsela.

La llegada de los Blancos nos había robado la gloria y la alegría del vivir.

Nuestro país está dividido en tres regiones principales: la región del Norte, del Centro y del Sud. Para cruzar una de estas regiones hay que hacer dos largas jornadas á través de una serie de escarpadas colinas al pie de las cuales corren mansos y apacibles arroyuelos. El Kikuyu es un país floreciente, rico en vegetación, donde no sufrimos ni el excesivo calor en verano, ni extremado frío en invierno.

Nosotros éramos los Kikuyus de la región del Centro. Los Blancos habían ocupado la región Sud, que cruzaron con un ferrocarril. De estos Blancos los había de tres clases: los del Gobierno, los agricultores, que cultivaban la tierra como nosotros, y un hombre de lengua barba, único de su clase, á quien los demás llamaban «Padre.»

Para colmo de desgracia, con los Blancos cayeron sobre nuestro país, como plaga de insectos devoradores, numerosos indios, *Swahilis*, negros de la Costa... en fin, representantes de toda lengua y de toda raza.

Después la enfermedad de los animales cubrió nuestros valles y colinas de huesos y esqueletos...

Después el hambre horrible diezmó la población... luego las viruelas... luego las niguas... luego la peste... ¡luego los impuestos!!!

En verdad nuestro dios, *Ngai*, nos había abandonado.

(Continuará).

LOS MISIONEROS CATÓLICOS Y LOS INDÍGENAS DE SUD-AMÉRICA



todo espíritu imparcial que haya leído con algún interés la historia de nuestra querida tierra sud-americana le habrá parecido, como lo es en realidad, una verdad indiscutible que los mayores amigos de nuestros pobres indígenas han sido en todo tiempo los misioneros católicos. Desgraciadamente es poco lo

que se sabe en comparación de lo que fácilmente se hubiera podido saber si la malhadada pragmática de Carlos III, con que expulsaba de América á cuantos hubieran pertenecido á la ínclita Compañía de Jesús, no se hubiera llevado á ejecución. Ruína fué aquélla, y ruína irremediable, la que hizo perecer la colección de documentos y noticias que, poco á poco, gracias á la constancia y asiduas diligencias de los jesuitas, se iban acumulando en sus numerosas casas.

Ahora bien, las ruínas que están en nuestra mano remediar son la de procurar por todos los medios posibles la conversión de los pocos millones de infieles que todavía viven en nuestras pampas de florestas.

Toda la América Meridional y Central y Méjico, con todos los países que pertenecieron á España, fueron evangelizados y convertidos por los misioneros católicos.

Por lo que hace á lo restante de la América del Norte que no estuvo bajo el dominio de potencias católicas, los mismos historiadores protestantes atestiguan y encomian igualmente la abnegación y los constantes sacrificios del misionero católico. Y que los ministros disidentes pueden acorrallar, matar y aniquilar á los indígenas, pero no convertirlos y civilizarlos, nos lo dicen claramente las estadísticas. En las repúblicas latino-americanas han sobrevivido 18 millones de indígenas (1), en los Estados Unidos no restan ni medio millón, y si algo queda se debe á los católicos. Y de esos soldados valerosos de la Iglesia católica, tan perseguidos por la Masonería, los denodados hijos del capitán Ignacio de Loyola, ¿qué ha dicho de ellos el más célebre de los actuales presidentes de nuestra América, Roosevelt? Visitando un día la Universidad de San

(1) Incluyendo las regiones de los Estados Unidos que pertenecían á Méjico.

Luis, dirigida por dichos Padres, pronunció estas palabras con acento de la más íntima convicción: «Reverendos Padres y Señores: Siento verdadero placer en ser recibido en visita en la principal y más antigua Universidad del oeste del Misisipí, en el territorio de la Luisiana. Conozco vuestra obra, y de ella he sido testigo al recorrer, no sólo la región habitada por individuos de nuestra raza, sino también la de las tribus indias... Pienso que no experimentáis vosotros tanto contento en tenerme aquí á mí, como yo lo experimento en estar entre vosotros.»

Y el candidato más probable para suceder á Roosevelt en la gran República, Mr. Taft, ¿de qué modo se expresa al hablar del misionero católico?

No hace muchos meses, el 24 de Abril del presente año, en un discurso que pronunció en el Salón Carnegie, de Nueva York, dijo lo siguiente:

«Confieso que antes de ahora he tenido prejuicios contra las Misiones extranjeras (es decir, católicas), pero éstos han desaparecido después que he estado en Oriente (se refiere á las islas Filipinas) y he visto la labor civilizadora que allá han realizado las Misiones.»

«Ningún hombre puede estudiar, continuó diciendo, el movimiento de la civilización moderna, desde un punto de vista imparcial, sin observar que la esperanza de una moderna civilización está basada en el Cristianismo...» Encomió luego las Misiones católicas que desde 1575 han ido á Filipinas, manifestando que los misioneros católicos, á la vez que habían enseñado ideales cristianos, enseñaron también las artes de la paz. Concluyó su discurso Mr. Taft (aunque hasta ahora ha sido protestante) declarando que el Gobierno debía auxiliar á la Iglesia católica de Filipinas para que prosiga su labor eminentemente civilizadora.

Por nuestra parte, los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María nos multiplicamos desde los primeros años de nuestro sagrado sacerdocio para llevar las verdades civilizadoras del Evangelio divino, de uno á otro hemisferio, en ambos mundos, sin perdonar sacrificios, incluso el de una muerte prematura. Testigo soy de ello en los muchos años que he tenido la honra de acompañarme con ellos como hermanos, en Africa, en América del Norte y en el Brasil. Sabidos son de los lectores de LA ESTRELLA DE ANDACOLLO los trabajos apostólicos de los nuestros en mi querida patria, desde las Pampas del Norte hasta las playas magallánicas. Los tenemos también en Uruguay y en Argentina.

Hoy es nuestra amiga la República de Colombia la que les abre los brazos para señalarles los territorios más difíciles para que, regándolos con sus sudores, los hagan fructificar para el Divino Pastor, en aquellos climas tan poco salubres.

El Rdmo. P. Juan Gil, á quien felicitamos de corazón, ha sido el agraciado por la Santa Sede con el nombramiento de Prefecto Apostólico del Chocó. Los límites que el decreto de erección dan á esta Prefectura Apostólica del Chocó son los siguientes: Al N. O. el departamento de Panamá, al O. el Océano Pacífico, al S. los ríos San Juan y Calima, al E. el departamento de Bolívar y al N. el Atlántico.

En Colombia, como en los demás países tropicales, las estaciones no se distinguen tanto por las diferencias de temperatura, como por la alteración de períodos de sequedad y lluvia. Estas tienen lugar cuando el sol pasa por el cenit, y se consideran como verano. Los inviernos son los períodos secos, que ocurren en épocas en que el sol en su marcha aparente se encuentra en las inmediaciones de los trópicos. En las llanuras del Magdalena, además de las fiebres palúdicas, reinan en ella la lepra y la elefantiasis; en los valles interiores las enfermedades llamadas coto y cretinismo.

La población actual de Colombia, cerca de cinco millones, se compone en sus tres cuartas partes de mestizos. Los europeos puros ó con ligera mezcla india, alcanzan sólo á poco más de medio millón de individuos, prevaleciendo los españoles descendientes de catalanes, vascos y andaluces.

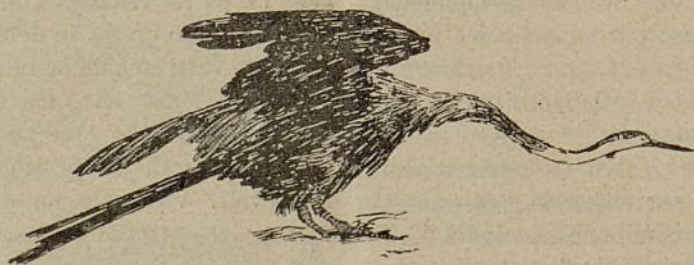
En Colombia la Constitución de 1886, reformada en 1906, establece el régimen de gobierno con dos cámaras y un presidente elegido por cuatro años. Como una medida excepcional, exigida por el bien público, se ha conferido el poder por un período de diez años al general D. Rafael Reyes. ¡Quiera Dios que se acentúe en dicha nación el beneficio de la paz, tan necesaria para la prosperidad de las naciones!

Las vías de comunicación de Colombia son pocas y malas. Gran cambio experimentaría si se convirtiera en dulce realidad el sueño dormido de algunos ingenieros, la posibilidad de construir un canal interoceánico por el río Atrato, ya sea uniéndolo con el río San Juan, de cuyos orígenes está separado por alturas insignificantes, ya sea cortando la faja de tierra que lo separa del Pacífico.

Roguemos á los Sagrados Corazones de Jesús y de María particularmente por la conservación de la salud de los nuevos misioneros, para que se aumenten las vocaciones al ministerio apostólico en toda nuestra América y para que se ganen todas aquellas almas para Dios.

ALFREDO BOLADOS,
C. M. F.

(De La Estrella de Andacollo: Santiago de Chile).



VARIEDADES

EL CAMINO DE LA FORTUNA

(CUENTO BUBI)



HABÍA en un pueblo dos mujeres muy amigas desde su infancia, las cuales se casaron en un mismo día. Al año, poco más ó menos, de haberse casado, Dios las bendijo dando á cada una un hermoso niño. Ambos parvulitos eran tan bellos y agraciados que formaban el encanto de todo el pueblo; y... ¡cosa rara! los dos eran tan parecidos y semejantes en todo que era imposible distinguir el uno del otro.

Pasaban los días, semanas, meses, años... y los niños también iban creciendo y desarrollándose visiblemente, pero siempre semejantes, iguales en todo. Era una delicia verlos jugar juntitos todos los días: jamás entre los dos tuvo lugar la menor querella, ¡extraña cosa, por cierto, entre gente menuda!

Habrían pasado como doce años, y la mayor desgracia de este mundo sobrevino á aquellas dos familias amigas. En menos de tres días acabó la muerte con el padre y madre de uno de aquellos dos niños.

El pobrecito huérfano lloraba triste y desconsolado la muerte de sus queridos padres; y viéndose solo y desamparado en el mundo, pidió por favor ser admitido en casa de su compañero aunque no fuera más que como criado.

Los padres del otro niño no vacilaron en admitirle, teniendo en cuenta la amistad que siempre había mediado entre ambas familias, y sobre todo, las repetidas súplicas del hijo á favor de su desgraciado compañero.

Pero como los dos amiguitos eran tan parecidos en todo, llegó un tiempo en que la madre no sabía distinguir cuál era su propio y verdadero hijo. Toda afligida por tamaña desgracia y medio loca por el dolor, no sabía qué hacerse; y derramando ardientes lágrimas se fué á proponer el caso á uno de los feticheros más cercanos del pueblo.

Compadecido el ministro del diablo de aquella desventurada mujer, le aconsejó que por medio de ofrendas se hiciera propicio al mal espíritu, porque sólo así llegaría algún día al conocimiento de su querido hijo.

No le pareció malo el consejo á aquella afligida madre; y así, determinó ir pronto á una tenebrosa cueva en donde el diablo con el fetichero ventilan las cuestiones de mayor monta.

Luego que hubo entrado á la presencia del diablo y hecho entrega al fetichero de sus ofrendas, se postró; y con vivo interés pedía le fuera indicado algún medio para salir de tan triste situación y poder estrechar entre sus brazos con toda seguridad al hijo querido de su corazón.

Entretanto los niños jugaban alegres y contentos como si nada pasara.

La mujer seguía clavada en el suelo esperando contestación; hasta que por fin, logró oír la siguiente respuesta que le fué comunicada por el fetichero: «Envía, le dijo, los dos niños á la finca en busca de malanga: tú te sentarás ocupando todo lo ancho de la puerta de tu casa de modo que nadie pueda entrar en ella sin pasar

por encima de tus piernas. Cuando lleguen los dos niños con la carga de malanga, el que no es tu hijo te pedirá permiso para entrar; en cambio, tu verdadero hijo pasará adelante sin pedir permiso ni cosa que lo valga.

Inmediatamente salió la mujer de la cueva, y sin pérdida de tiempo envió los dos niños á buscar malanga, sentándose ella en la puerta de casa tal como el diablo se lo había indicado.

En estas, llega el huerfanito con su carga y con todo respeto pide á la mujer que le deje pasar: llega su compañero y haciendo una caricia á la madre, pasa adelante sin pedir permiso ni decir tan sólo una palabra. La mujer se levantó alegre y contenta, y estrechando á su hijo entre los brazos lo colmó de besos y caricias.

Mientras la madre acariciaba á su hijo, el pobre huérfano barría la casa por habérselo mandado la dueña. Desde este día, los trabajos más pesados corrían á su cargo; y aunque su buen compañero trataba á veces de ayudarle, la madre no se lo permitía.

Aquella malvada mujer hubiera despedido de su casa al pobrecito huérfano, de no haberlo impedido los ruegos que su hijo le hacía á favor de su más fiel amigo. Sin embargo, trató de aburrirlo á puro de malos tratos. Todos los días cocinaba carne fresca para su hijo, mientras que á él sólo le daba hierbas con algún plátano que se lo mandaba comer separado de la familia en un rincón de la casa. Si los perros se comían algo que ella guardaba ó se rompía algún utensilio de la casa, las culpas habían de ser siempre para el desgraciado niño, á quien castigaba severamente dándole latigazos hasta dejarlo sin fuerzas.

Cansado el desgraciado joven de tan malos tratos, un día al irse á dormir, dijo á la mujer:

—Si hemos de andar así, mañana me marchó.

—Márchate y no vuelvas más, contestó ella; ve á donde están tus padres, y... que te den ellos de comer.

Al oír nombrar á sus padres, el pobre huérfano se entristeció é inclinando su cabeza al suelo regó la tierra con sus lágrimas. Por más esfuerzos que hizo no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Al día siguiente por la mañana tomó un machete y una lanza (mochika) y se marchó.

Al salir de casa llamó á su compañero y le dijo:

—Adiós, mi querido amigo, yo me voy; pero tú no tienes la culpa. Inmediatamente clavó su lanza en un árbol que estaba al frente á la casa, y dijo:

—El día que esta lanza caiga, será señal de que yo he muerto; y dando un fuerte apretón de manos á su amigo, se fué.

Andando, andando se internó en un espeso bosque y pasó casi todo aquel día cruzando caminos y más caminos sin saber á dónde iba ni cuál sería su paradero.

Rendido por el cansancio se sentó á la orilla del sendero; y mientras pensaba dónde y cómo pasaría aquella noche, he aquí que vió salir del bosque un hombre cargado de enorme fajo de leña. El niño al ver á aquel pobre anciano con tan grande carga le saludó cariñosamente y se ofreció á ayudarle. El anciano contestó al saludo; y fatigado como se hallaba, entregó á nuestro

joven la carga. Este, lejos de resentirse y llevado de su natural bondadoso y compasivo, la cargó sobre sus hombros, no dejándola hasta llegar á la casa de aquel pobre viejo.

Llegados á casa se sentaron los dos junto al fuego, y prendado el bueno del hombre de las bellas cualidades del joven, le preguntó *quién era y á dónde iba*; á lo que contestó el niño solas estas palabras:—Yo sé de dónde he salido, pero no sé á dónde voy.

—Está bien, el viejo exclamó, ¿tú quieres trabajar conmigo?

—Con mucho gusto, contestó el niño; y se quedó para un año con el cargo de cocinero.

Todos los días por la mañanita encendía el fuego, colocando dos grandes tizones junto á la cama de su amo á fin de librarle del fresco matinal.

Mientras el amo se calentaba y fumaba á satisfacción armado de gran pipa, el niño iba á la finca en busca de ñames y hierbas que después cocinaba á las mil maravillas con el pescado que traía el otro criado, de oficio pescador.

Todo lo hacía muy bien y el amo por su parte también sabía recompensarle con generosidad, dándole la mejor parte de los pescados y no castigándole jamás porque tampoco daba motivo para ello.

Terminado el año y á fin de no dejar solo á su anciano amo, el mismo niño buscó otro joven para sustituirle, y presentándolo á su amo, le dijo:

—Señor, aquí le traigo un sustituto mío que os servirá muy bien; yo me marchó á otra parte.

—Bien, muy bien, querido joven; en cualquiera parte á donde vayas serás feliz; antes que salgas de mi casa quiero recompensar tus buenos servicios.

Luego, tomándolo de la mano, lo acompañó hasta fuera de la casa, y señalándole otra casita que estaba en frente le dijo: Mira, niño, aquella casita que ves allá, es mía: en ella guardo todas mis calabazas. Vas y coges para ti las tres calabazas más viejas, pues todavía te podrán servir mucho.

Así lo verificó; y cargando sus tres calabazas se fué á donde vivían sus paisanos.

Tan pronto como divisó á su antiguo compañero y se reconocieron los dos, no hallaron palabras suficientes para manifestarse mutuamente el regocijo que les embargaba.

Inmediatamente procedieron al examen de las calabazas, pero estaban tan fuertemente tapadas que era imposible destaparlas. Deseoso, sin embargo, el huerfanito de enseñar á su amado compañero las cosas que había ganado durante aquel año, tomó una de las calabazas y dándole un golpe contra el suelo la rompe, y al instante salieron de ella infinidad de abalorios, romos, dinero bubi..., etc., etc.

Animado con tan feliz éxito, toma la segunda calabaza, la rompe, y... ¡oh prodigio! sale de ella una gran casa llena de ovejas y cabras con alegres y juguetones corderillos que daban saltos de placer.

El tiempo se le hacía largo para quebrar la tercera; la rompe al igual de las otras, y... ¡cuál no fué su sorpresa al ver delante de sí una grandiosa finca de ñames, cuyos límites no alcanzaban con su vista...!

Sin pérdida de tiempo tomó posesión de todos aque-

llos bienes que la fortuna le había deparado, llegando á ser el más rico y principal de toda la comarca.

Tan luego como la noticia se divulgó y llegó á oídos de la mujer que tan malos tratos había dado tiempo atrás á nuestro afortunado huérfano, voló con su hijo á visitarle, y como ella había caído en la miseria, pidió ser admitida como criada juntamente con su hijo.

Fueron admitidos sin ninguna dificultad; pero avergonzada la infame mujer de tener que servir á quien había sido su esclavillo, pasado algún tiempo llamó aparte á su hijo y le mandó que fuera también á ganarse otras tres calabazas como las de su compañero.

El niño, aunque de mala gana, se fué; y precisamente fué á parar á la misma casa en donde había estado su compañero. Pero por desgracia no dió tan buen resultado como el huerfanito, y aquel buen hombre no sabía cómo desentenderse de un joven tan respondón y mal criado.

Al fin terminó el año de servicio, y señalándole el amo la casa de las calabazas, le dijo que fuera y cogiese las tres más viejas y se marchara en paz á otra parte. Se fué á donde estaban las calabazas, pero en vez de coger las más viejas tomó las mejores que encontró, creyendo que así se haría más rico que su amigo.

¡Había que verle correr por el camino con sus tres calabazas!... varias veces tropezó, pero no hacía caso por más que chorreaba sangre de sus dedos.

Tan pronto como la madre lo divisó, salió de la casa del joven protector y juntamente con su hijo se fueron al bosque para romper á sus solas las calabazas sin que de ello se apercibiera el otro compañero.

Pero... ¡oh desgracia! que sólo con romper la primera tuvieron bastante, pues saliendo de ella infinidad de culebras y otros fieros animales, en un momento fueron ambos devorados.

Lo mismo que á la mujer del cuento y á su desafortunado hijo, pagará Dios á los ambiciosos, á los opresores del pobre, de sus criados y á todos aquellos desventurados cristianos que no cumplen sus deberes con Dios. En este mundo padecerán humillaciones sin cuento; y en el otro serán devorados sin compasión por los demonios eternamente.

Et ibunt hi in supplicium eternum. (Mat. xxv, 46).

En cambio los guardadores de la Ley santa del Señor se verán colmados de bendiciones en este mundo: *Venientque super te universæ benedictiones istæ* (Deut., xxviii). Y después cuando se rompa el vaso de nuestro cuerpo, como el huérfano del cuento después de rotas sus calabazas, iremos á tomar posesión de las inmensas riquezas que Dios guarda en el cielo á los que le aman y sirven con fidelidad: *Mercēs vestra copiosa est in cœlis.* (Mat. v, 12).

LEÓN GARCÍA, C. M. F.

LIMOSNAS

para coadyunar á la santa Obra de la Propagación de la Fe

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 5 Ptas.
Valencia.—D. Antonio Hernández.. . . . 10 »

TOTAL recaudado durante este tercer trimestre y que va á ser enviado al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe. Ptas.: 102'75

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.